

Educación Social y Animación Sociocultural

Gloria Pérez Serrano (Coordinadora)



Universidad
de Sevilla



Fundación
Universidad a Distancia
"Hernandarias"

Capítulo 1

Los grandes retos del nuevo siglo. Aldea global y desarrollo local

Juan Carlos Tedesco

El fin de siglo y la entrada en el nuevo milenio están asociados a un profundo proceso de transformación social. Ya se ha dicho repetidamente que no estamos viviendo una de las periódicas crisis coyunturales del modelo capitalista de desarrollo, sino la aparición de nuevas formas de organización social, económica y política (Druker, 1993; Minc, 1994; Toffler, 1990; Gorz, 1997).

La crisis actual, en consecuencia, no es sólo de tipo económico o político. Es una crisis de carácter estructural, donde desempeña un papel muy importante la dimensión antropológica. Atravesamos, en consecuencia, una crisis de civilización donde se encuentran en dificultades de funcionamiento, simultáneamente, tanto las instituciones responsables de la cohesión social (el Estado-Providencia), las relaciones entre economía y sociedad (la crisis del trabajo) y los modos de constitución de las identidades individuales y colectivas (crisis del sujeto) (Fitoussi et Rosanvallon, 1996).

La profundidad de estos cambios provoca fuertes sentimientos de incertidumbre, tanto a nivel individual como colectivo. Manejar la *incertidumbre* se ha convertido en uno de los desafíos más importantes que enfrentan las personas y las sociedades. Las reacciones frente a la incertidumbre son muy diversas, pero una de las maneras más sanas de enfrentarla es intentando comprender las características de lo que está sucediendo. Es obvio que este conocimiento no eliminará por completo la inseguridad, ya que no existen futuros escritos de antemano. Pero el conocimiento permitirá, al menos, un comportamiento social e individual más

consciente y más autónomo frente a opciones que tienden a presentarse a sí mismas como inevitables.

Sobre esta base, en este texto intentaremos describir los aspectos más importantes de los procesos de transformación en tres áreas diferentes: economía, cultura y política. Las interrelaciones entre estas tres esferas son múltiples y complejas, razón por la cual la descripción que ofreceremos a continuación no se ajusta a límites precisos, sino que trata de mostrar los vínculos existentes entre ellas. Luego de este análisis, se presentarán algunas reflexiones sobre el papel que desempeña, y puede desempeñar, la educación en estos cambios, en la perspectiva de una sociedad basada en criterios de justicia, equidad y democracia.

Objetivos

1. Tomar conciencia de los grandes retos que plantea el nuevo milenio.
2. Despertar el interés por conocer los fenómenos sociales.
3. Fomentar el sentimiento de solidaridad ante el aumento progresivo de la desigualdad.
4. Analizar las teorías existentes sobre la desigualdad social.
5. Buscar posibles soluciones al fenómeno de la exclusión social.
6. Motivar para la mejora y la transformación de la sociedad.

1. Los cambios en el proceso productivo

La rápida y profunda transformación tecnológica, así como la globalización y la competencia exacerbada por conquistar mercados, están modificando los patrones de producción y de organización del trabajo.

De acuerdo con los estudios más recientes sobre este tema, estaríamos pasando de un sistema de organización del trabajo basado en la división en jerarquías piramidales y destinado a la producción masiva, a un sistema orientado al consumo diversificado y basado en una organización en redes, donde se otorgan amplios poderes de decisión a las unidades locales.

Estos cambios se apoyan en la utilización de las *nuevas tecnologías*, que permiten la producción de pequeñas partidas de artículos cada vez más adaptados a los diferentes clientes y facilitan significativamente la comunicación entre las diversas unidades de producción.

Los gráficos 1 y 2 muestran las estructuras que corresponden a estos dos modelos de organización institucional. Mientras en el gráfico 1 se aprecia la estructura piramidal donde la comunicación se organiza de manera vertical; en el gráfico 2, que representa la idea de red, la comunicación es fundamentalmente horizontal.

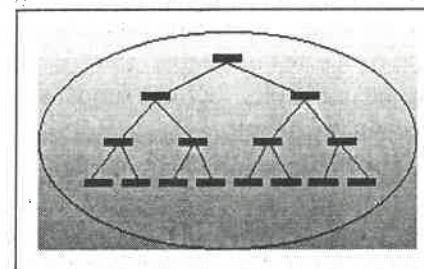


Gráfico 1. Organización piramidal

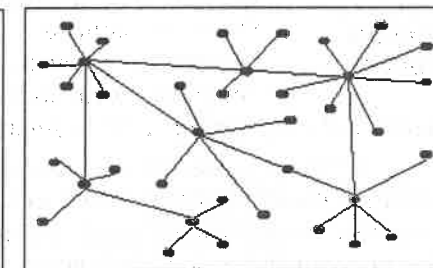


Gráfico 2. Organización en red

Las ideas de fábrica flexible adaptable a mercados cambiantes tanto en volúmenes como en especificaciones, de equipos multipropósito, de plantas multiproducto, de innovación y de mejora continua de los productos, de polyvalencia del personal, de distribución homogénea de la inteligencia y de formas combinadas de competencia y asociación, son conceptos habituales en los análisis actuales sobre la organización del trabajo. Estos conceptos se refieren a un modelo que supera las formas tradiciona-

les del taylorismo y el fordismo, basados en la producción en serie para mercados masivos, a través de grandes organizaciones con estructuras internas jerarquizadas en forma piramidal.

Pero los estudios sobre el funcionamiento de la economía y de la sociedad basadas en la innovación permanente, la flexibilidad interna y la ruptura de las categorías fijas, muestran que estas tendencias co-existen con otras que contienen un potencial destructivo muy importante (Gorz, 1988; Castel, 1995).

1.1. Aumento de la desigualdad

En primer lugar, estos cambios están provocando un *aumento significativo de la desigualdad social*. El caso más elocuente de este fenómeno es el de los Estados Unidos, donde se aprecia desde la década de 1970 un fuerte proceso de concentración de la riqueza. Los datos más recientes indican que el 25% de la población concentra el 63% de la riqueza; mientras que el 20% más pobre sólo recibe el 4,5%. Esta tendencia a la concentración de la apropiación de los beneficios del crecimiento económico se percibe también en muchos otros países, aunque su rapidez y su intensidad sean diferentes. Si bien las explicaciones de este fenómeno coinciden en reconocer la complejidad de los factores que están actuando en estos procesos, también son coincidentes en advertir que uno de los factores fundamentales es la transformación en la organización del trabajo.

Al respecto, las informaciones disponibles permiten apreciar que, si bien las nuevas tecnologías aumentan significativamente la productividad, suprimen numerosos puestos de trabajo. En este contexto, la mayor parte de los nuevos puestos de trabajo no se crean en los sectores tecnológicamente más avanzados, sino fundamentalmente en los servicios, donde el costo del trabajo representa una proporción importante del precio del producto.

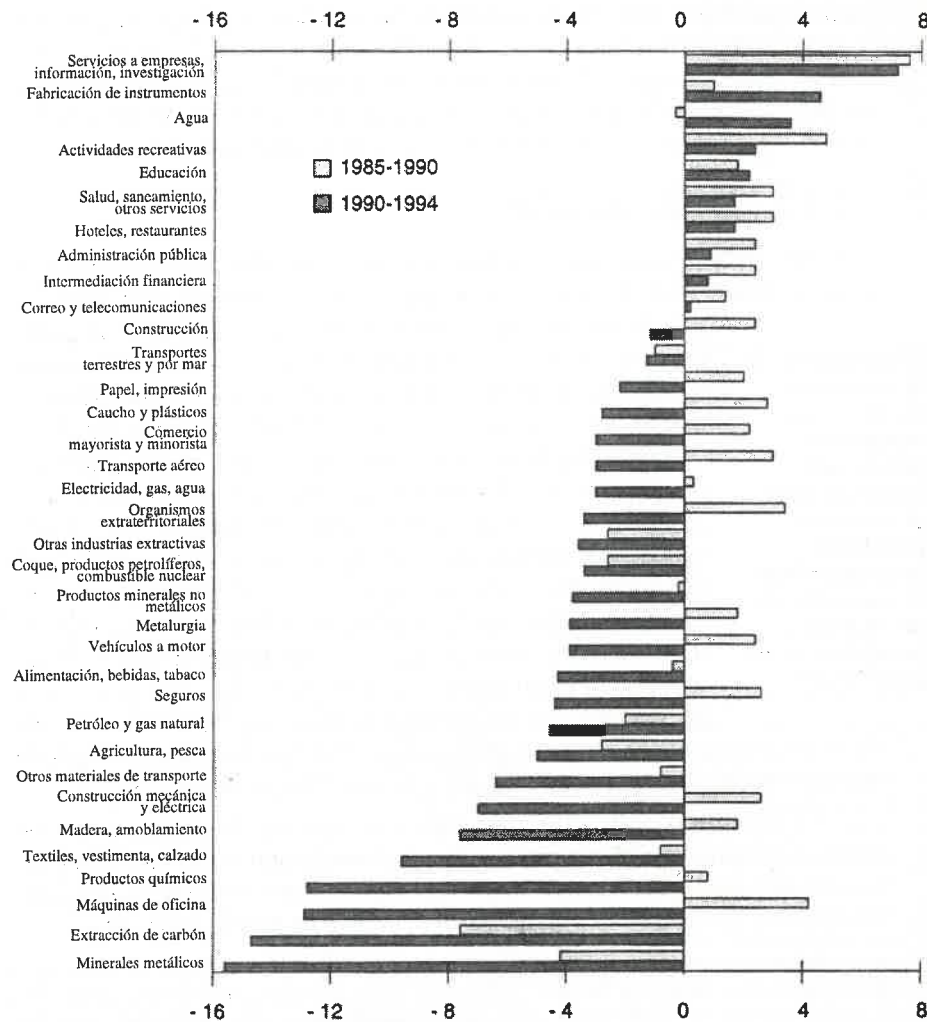
El cuadro 1, preparado sobre la base de la información disponible para los países europeos, muestra claramente cómo en los últimos años se ha producido un fenómeno muy intenso de disminución de los puestos de trabajo en los sectores tecnológicamente más avanzados y, al contrario, un

aumento en las actividades de servicios personales.

La recomposición del empleo en función de la evolución tecnológica aumenta la desigualdad.

A partir de la exclusión en el trabajo, se produciría una exclusión social más general.

Variación del empleo en los sectores NACE
[Nomenclatura general de las actividades económicas en las Comunidades europeas]
en la Unión, para 1985-1990 y 1990-1994, representada en dos cifras



Fuente: Informe sobre el empleo en Europa, edición 1995.

Cuadro 1. Variación del empleo por sector

Esta diferencia en el ritmo de creación de puestos de trabajo está asociada a diferencias en los salarios. Mientras que los sectores de alta productividad pueden tener políticas salariales generosas, los sectores de servicios, donde el vínculo entre salarios y empleo es muy alto, están obligados a aumentar muy moderadamente los salarios si quieren que crezca el empleo. Esta dinámica donde el empleo disminuye en los sectores que pueden pagar buenos salarios y aumenta en aquellos que pagan salarios modestos, explica las razones por las cuales la recomposición del empleo en función de la evolución tecnológica aumenta la desigualdad.

1.2. La exclusión social

En segundo lugar, las transformaciones en la organización del trabajo están provocando no sólo el aumento de la desigualdad, sino la aparición de un fenómeno social nuevo: la exclusión de la participación en el ciclo productivo. A partir de la exclusión en el trabajo, se produciría una exclusión social más general, aunque algunos autores prefieren hablar de una *desafiliación* con respecto a las instancias sociales más significativas. En este sentido, los estudios acerca de las posibilidades que ofrecen las nuevas formas de organización del trabajo indican que ellas podrían incorporar de manera estable sólo a una minoría de trabajadores, para los cuales habría garantías de seguridad en el empleo a cambio de una identificación total con la empresa y con sus requerimientos de reconversión permanente. Para el resto, en cambio, se crearían condiciones de extrema precariedad, expresadas a través de formas tales como contratos temporarios, trabajos interinos, trabajos de tiempo parcial y, en el extremo de estas situaciones, el desempleo.

El fenómeno de la *exclusión social* constituye, desde este punto de vista, el principal problema provocado por la evolución de las nuevas modalidades de producción. En este sentido, algunos análisis sobre la sociedad actual indican que estaríamos viviendo un momento de transición entre:

a) Una *sociedad vertical*: basada en relaciones sociales de explotación entre los que ocupan posiciones superiores frente a los que ocupan las posiciones inferiores.

b) Una *sociedad horizontal*: donde lo importante no es tanto la jerarquía como la distancia con respecto al centro de la sociedad.

En consecuencia, el problema ya no sería saber si uno está arriba o abajo en la estructura jerárquica sino, en cambio, saber si está adentro o afuera, en el centro o en la periferia de la sociedad. La exclusión tiende, de esta manera, a reemplazar la relación de explotación.

La comparación entre ambos modelos permite apreciar que las relaciones entre explotadores y explotados son completamente diferentes a las de incluidos o excluidos. Explotadores y explotados, opresores y oprimidos, pertenecen a la misma esfera económica y social, ya que los explotados son necesarios para mantener el sistema.

La toma de conciencia de la explotación puede provocar, además, una reacción de movilización colectiva y de conflicto organizado a través de las instituciones representativas de los explotados: sindicatos, partidos políticos, etcétera. La exclusión, en cambio, no implica relación sino divorcio. La toma de conciencia de la exclusión no genera una reacción organizada de movilización. En la exclusión no hay grupo contestatario, ni objeto preciso de reivindicación, ni instrumentos concretos para imponerla. Como lo resumió recientemente un analista de estos fenómenos, mientras que la explotación es un conflicto, *la exclusión es una ruptura*.

1.3. Las nuevas desigualdades

El aumento de la desigualdad y la aparición de la exclusión como un fenómeno masivo son procesos particularmente complejos. En primer lugar, es preciso reiterar que el aumento de la desigualdad coexiste con una significativa disminución de la importancia de las jerarquías tradicionales. La organización actual del trabajo tiende a reemplazar las tradicionales pirámides de relaciones de autoridad por *redes* de relaciones cooperativas. En este esquema, todas las fases del proceso productivo son importantes y el personal, en cualquier nivel de jerarquía que se ubique, desempeña un papel crucial.

El concepto de *calidad total* que orienta las transformaciones en los actuales modelos de gestión, supone una relación mucho más igualitaria que en el pasado entre los que se incorporan a las unidades productivas. Pero esta mayor igualdad entre los incluidos implica una separación mucho más significativa con respecto a los excluidos.

El concepto de calidad total que guía las transformaciones en los actuales modelos de gestión, supone una relación mucho más igualitaria que en el pasado entre los que se incorporan a las unidades productivas. Pero esta mayor igualdad entre los incluidos implica una separación mucho más significativa con respecto a los excluidos.

En este sentido, es interesante retomar una provocativa hipótesis presentada por Cohen (1997), según la cual las economías intensivas en conocimientos y productoras de ideas son más inequitativas que las economías intensivas en personal y que fabrican objetos. La tendencia a excluir a quienes no tienen ideas parece ser más fuerte que la tendencia a excluir a quienes no tienen riquezas. En la base de esta situación se encuentra el comportamiento fundado en la idea de la calidad total o del *error 0*. Como se sabe, esta hipótesis está basada en el accidente de la nave espacial Challenger, donde todo el esfuerzo y la inversión realizados para ese proyecto se perdieron por una simple falla en una conexión secundaria.

Cohen evoca este ejemplo y el análisis que efectuara Kremer a nivel más general. Este análisis permite apreciar que en el marco de las actuales tecnologías de producción, la menor disfunción de una de las partes amenaza la producción en su conjunto. En consecuencia, los niveles de calidad y de calificación de los trabajadores que se desempeñan en un mismo proceso productivo deben ser semejantes. Los mejores tienden a agruparse con los mejores y los mediocres con los mediocres. Este fenómeno, relativamente normal y conocido, tiende a exacerbarse a partir de la expansión de las nuevas tecnologías y la posibilidad de descentralizar y de externalizar segmentos importantes de la producción. De esta manera, cada unidad de producción se transforma en un subconjunto homogéneo de un proceso productivo mucho más amplio.

Como indicador de esta tendencia, Cohen resume en su libro las informaciones disponibles con respecto a Francia donde, entre 1986 y 1992, la homogeneidad de la fuerza de trabajo en las empresas que ocupan más del 10% de personas aumentó más del 20%. En este contexto, la segmentación y la desigualdad cambian de sentido. En la economía capitalista tradicional, cada segmento social era una categoría y *la desigualdad se producía entre grupos sociales*. Ahora, en cambio, la segmentación se produce dentro de cada grupo social. De acuerdo con los datos presentados por Cohen, por ejemplo, más del 70% del fenómeno de la desigualdad americana se explica por la diferencia de salarios *entre* trabajadores jóvenes, *entre* diplomados o *entre* trabajadores de la industria.

En resumen, mientras las desigualdades tradicionales eran fundamentalmente *intercategoriales*, estas nuevas desigualdades son *intracategoriales*. Mirado desde el punto de vista subjetivo, una de las características más importantes de este fenómeno es que resulta mucho más difícil de aceptar, porque pone en crisis la representación que cada uno tiene de sí mismo. Estas nuevas desigualdades provocan, por ello, un sufrimiento

mucho más profundo, puesto que son percibidas como un fenómeno más personal que económico y estructural (Fitoussi et Rosanvallon, 1996).

1.4. La ideología de la desigualdad

El aumento *objetivo* de la desigualdad, descrito de forma somera en los puntos anteriores, está acompañado por un aumento igualmente significativo de las teorías que tienden a justificar este fenómeno. Mientras en el *modelo capitalista tradicional* la pobreza o la condición asalariada podían ser percibidas como consecuencias de un orden social injusto, en el *nuevo capitalismo* tienden a ser asociadas con la naturaleza de las cosas y, en última instancia, con la responsabilidad personal. No es casual, por ello, observar el resurgimiento de ideas que tienden a explicar la vigencia de determinados patrones de conducta, el desarrollo cognitivo y la ubicación en la estructura social por factores genéticos.

Una de las versiones más difundidas de este *neo-darwinismo social* la constituye el libro de Herrnstein y Murray (1994), que sostiene la hipótesis según la cual la habilidad cognitiva será la variable decisiva en la estructura social que se está conformando para el nuevo siglo, y que esta habilidad es fundamentalmente hereditaria.

Desde un punto de vista más sociológico, Fukuyama ha ofrecido una versión reciente de este neo-darwinismo, supuestamente basado en los adelantos de las investigaciones biogenéticas. Para Fukuyama, los comportamientos sociales se explican por factores genéticos, y respecto de aquellos comportamientos para los cuales aún no se ha descubierto su relación con los genes, existen buenas razones para esperar que tal relación se descubra en las próximas décadas.

Para estos autores, fenómenos tales como la criminalidad, la drogadicción, el alcoholismo, la promiscuidad y otras conductas desviadas, estarían explicados por factores genéticos y hereditarios y, por lo tanto, difícilmente modificables a través de políticas sociales (Fukuyama, 1997).

Frente a estas tendencias, también se ha desarrollado un nuevo *pensamiento democrático*, basado en la idea de que eliminar la desigualdad no es contradictorio con el respeto a la diversidad. De acuerdo con estos

Frente a estas tendencias, también se ha desarrollado un nuevo pensamiento democrático, basado en la idea de que eliminar la desigualdad no es contradictorio con el respeto a la diversidad. De acuerdo con estos postulados, la justicia y la solidaridad son elementos básicos para garantizar el carácter sostenido del desarrollo social.

postulados, la justicia y la solidaridad son elementos básicos para garantizar el carácter sostenido del desarrollo social.

Pero esos principios de justicia y equidad ya no pueden ser aplicados de la misma manera que en el pasado. La justicia, por ejemplo, no puede estar basada en la idea de tratar a todos de la misma manera. La justicia, particularmente la justicia social, debe perder el velo que cubre sus ojos y que le impide ver a quién se dirige y tratarlo de la manera más adecuada a su situación.

En todo caso, es evidente que uno de los retos fundamentales de la sociedad será encontrar la fórmula que permita articular el crecimiento económico, la distribución equitativa de los beneficios y la participación política democrática en las decisiones. El tema de la distribución del trabajo será, sin duda, uno de los ejes centrales de discusión social en el futuro próximo.

2. La transformación política

Desde el punto de vista político, las transformaciones actualmente en curso no son menos profundas que las que se perciben en el plano económico. La caída del Muro de Berlín alentó visiones optimistas acerca de la generalización de la democracia. Estas visiones, sin embargo, fueron superadas rápidamente por la aparición de una enorme diversidad de conflictos de carácter étnico, religioso o político, que reemplazaron a los clásicos conflictos Este-Oeste, propios del período de la llamada Guerra Fría entre los dos bloques, el capitalista y el comunista. A diferencia del pasado, estos nuevos conflictos ya no son

El desempleo y el aumento de la exclusión provocan un impacto muy fuerte en la cohesión social básica para el funcionamiento de la democracia.

sólo entre Estados, sino que se producen en el interior de los Estados nacionales.

Pero la desaparición del comunismo estuvo, además, acompañada por la aparición de un conjunto de nuevas amenazas a la democracia, distinta a las amenazas tradicionales.

En primer lugar, como vimos en los puntos anteriores, el desempleo y el aumento de la exclusión provocan un impacto muy fuerte en la cohesión social básica para el funcionamiento de la democracia.

En segundo lugar, la *globalización* de la economía y de los sistemas de información debilita significativamente la soberanía de los Estados nacionales para definir sus políticas.

En tercer lugar, la utilización intensiva de las tecnologías de información provoca efectos importantes sobre las formas de participación y representación política.

En síntesis, la desaparición del antagonismo entre dos sistemas políticos incompatibles propios del período de la Guerra Fría y los cambios económicos y culturales han provocado la crisis en las identidades políticas, en los espacios de participación y en las formas de representación política tradicionales.

2.1. La crisis del Estado-nación

Una de las características más importantes de la dimensión política actual es la que se relaciona con los procesos de deslocalización y relocalización de las pertenencias y de las identidades nacionales y culturales.

Asociado con el proceso de globalización económica, se ha producido una tendencia a construir entidades políticas supranacionales capaces

de enfrentar los desafíos que se plantean tanto a nivel planetario como multinacional. Entre otros desafíos actuales, se incluyen los volúmenes crecientes de transacciones financieras internacionales, los problemas derivados del cuidado del medio ambiente (agujero en la capa de ozono, recalentamiento de la corteza terrestre, etcétera), la expansión del delito internacional (narcotráfico, prostitución, entre otros) y la expansión de Internet como vehículo de circulación de informaciones sin regulación posible a nivel nacional.

Asociado con el proceso de globalización económica, se ha producido una tendencia a construir entidades políticas supranacionales capaces de enfrentar los desafíos que se plantean tanto a nivel planetario como multinacional.

Como resultado de estos procesos, el concepto de *ciudadanía* asociado a la *nación* (Schnapper, 1994), ha comenzado a perder significado. En su reemplazo, aparecen tanto la adhesión a entidades supranacionales como también, por el contrario, un repliegue sobre el comunitarismo local, donde la integración se define fundamentalmente como integración cultural y no como integración política.

Este cambio en el concepto de ciudadanía tiene enormes implicaciones. La aparición de lo local y lo supranacional como nuevos espacios de participación social, está asociada con fenómenos de ruptura de la acción política tal como se la concebía hasta ahora.

La construcción de un concepto de *ciudadanía mundial*, de ciudadanía planetaria, exige un concepto de solidaridad vinculado con la perte-

nencia al género humano y no con alguna de sus formas particulares. Esta construcción, sin embargo, enfrenta enormes dificultades, la mayoría de ellas está vinculada con las formas a través de las cuales se produce el proceso de globalización.

Desde el punto de vista económico, la globalización no significa sólo que los capitales puedan moverse rápida y libremente por todo el planeta. El fenómeno socialmente más importante es que, como las empresas pueden instalarse en cualquier parte del mundo y mantenerse conectadas a través de redes de información, ellas tienden a radicarse allí donde los costos son menores. Este fenómeno produce lo que se ha denominado

La construcción de un concepto de ciudadanía mundial, de ciudadanía planetaria, exige un concepto de solidaridad vinculado con la pertenencia al género humano y no con alguna de sus formas particulares. Esta construcción, sin embargo, enfrenta enormes dificultades, la mayoría de ellas está vinculada con las formas a través de las cuales se produce el proceso de globalización.

“una espiral descendente de reducción de costos sociales”, que tiende a debilitar la capacidad de los Estados nacionales para mantener los niveles tradicionales de *beneficios sociales y de bienestar* (Castells, 1997).

La globalización económica, en síntesis, reduce la capacidad del Estado para definir su política monetaria, su presupuesto, su recaudación de impuestos y la satisfacción de las necesidades sociales de su población.

Al estar basada fundamentalmente en la lógica económica y en la expansión del mercado, la globalización rompe los compromisos locales y las formas habituales de solidaridad y de cohesión con nuestros semejantes.

Las élites que actúan a nivel global tienden a comportarse sin compromisos con los destinos de las personas afectadas por las consecuencias de la globalización. La respuesta a este comportamiento por parte de los que quedan excluidos de la globalización es el refugio en la identidad local, donde la cohesión del grupo se apoya en el rechazo a los *externos*.

En este sentido, numerosos diagnósticos de la sociedad actual muestran que la ruptura de los vínculos tradicionales de solidaridad provocada por el proceso de globalización ha generado nuevas formas de exclusión, de soledad y de marginalidad.

Las formas de asociación y de expresión de algunos de estos sectores excluidos tienden a apoyarse en valores de intolerancia, de discriminación y de exacerbación de los particularismos. Mientras en la cúpula, las élites que participan de la economía supranacional plantean el riesgo de que su

desapego a la nación estimule un individualismo a-social, basado en la falta total de solidaridad; en la base se aprecian fenómenos regresivos de rechazo al diferente, de xenofobia y de cohesión autoritaria.

Castells, en su libro *La era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*, explica con claridad este proceso, que da lugar a la aparición del fenómeno actual del *fundamentalismo* y de Estados fundamentalistas. De acuerdo con su análisis, el Estado-nación, para sobrevivir a su crisis de legitimidad, cede poder y recursos a los gobiernos locales y regionales. En este proceso, pierde capacidad para igualar los intereses diferentes y considerar el “interés general” representado en el Estado-nación. Este proceso deslegitima aún más al Estado, particularmente frente a las minorías discriminadas, que buscan protección en las comunidades locales o en otro tipo de estructuras. Como señala Castells, “lo que comenzó como un proceso de relegitimación del Estado, mediante el paso del poder nacional al local, puede acabar profundizando la crisis de legitimación del Estado-nación y la tribalización de la sociedad en comunidades construidas en torno a identidades primarias” (Castells, 1997).

En síntesis, el optimismo de hace unos pocos años sobre las posibilidades democráticas abiertas por la construcción de entidades políticas supranacionales, se ha diluido rápidamente. Las dificultades, sin embargo, no implican un retorno a la situación anterior. Las experiencias recientes han demostrado que si bien el *Estado-nación* no puede ser mantenido en su forma tradicional, tampoco puede ser olvidado tan fácilmente. En este sentido, el debate europeo acerca de la construcción de un concepto de ciudadanía basado en una comunidad de naciones ha permitido apreciar la importancia de lo que algunos autores han denominado la *ruptura cognitiva* que implica superar el concepto de ciudadanía basado en el Estado-nación.

Para promover una *ciudadanía europea* o supra-nacional, el problema fundamental consiste en superar el déficit de experiencias que tienen la mayor parte de los ciudadanos en relación a lo que puede constituir una ciudadanía de este tipo.

Según estos autores, la construcción de los instrumentos institucionales de la ciudadanía europea estaría mucho más avanzada que la experiencia colectiva de las personas. Esta distancia podría explicar la significativa diferencia que existe actualmente entre las élites y la opinión públi-

La ruptura de los vínculos tradicionales de solidaridad provocada por el proceso de globalización ha generado nuevas formas de exclusión, de soledad y de marginalidad.

ca en la manera de percibir el proceso de construcción europea (Wolton, 1993). En este sentido:

La *integración* en una unidad mayor sólo será posible a partir de una sólida y segura identidad cultural propia. La confianza en sí mismo constituye, desde este punto de vista, un punto de partida central de cualquier estrategia de integración y de comprensión del "otro". El miedo, la inseguridad, la subvaloración de lo propio no pueden, en ningún caso, ser la fuente de una nueva cultura ciudadana.

2.2. La des-intermediación

Todo este proceso de tipo económico-político se refuerza también por la creciente globalización de las comunicaciones. Las nuevas tecnologías de la información han provocado el debilitamiento de la capacidad de los Estados para controlar el flujo de informaciones que circulan dentro de determinadas fronteras. Este control ha sido, como se sabe, uno de los pilares sobre los cuales se construyó la cohesión de las sociedades nacionales.

En la última década, sin embargo, el *cambio* ha sido muy profundo. Las posibilidades abiertas por los satélites y por la utilización de las computadoras han borrado las fronteras políticas en la comunicación y la información. Desde el punto de vista político, este fenómeno tiene una importancia crucial, ya que además de impedir el control, facilita el intercambio directo entre las personas, evitando de esta forma la necesidad de las organizaciones colectivas de representación. La democracia directa se constituye, así, en una aspiración que toma mayor vigencia, apoyada ahora por las posibilidades de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Pero la desintermediación no implica necesariamente mayor autonomía ni mayor protagonismo por parte de los individuos. Por un lado, porque la democracia directa provoca la ausencia de ámbitos institucionales de discusión colectiva, de negociación y de concertación. En este sentido, la debilidad de los organismos de representación como los partidos políticos, por ejemplo, puede exacerbar aún más el individualismo a-social que mencionamos en el punto anterior. Pero, por otro lado, la mayor presencia de los medios de comunicación en la esfera política está asociada con varios fenómenos vinculados a las posibilidades de manipulación que abre el manejo de estos medios.

La integración en una unidad mayor sólo será posible a partir de una sólida identidad cultural propia.

Para algunos analistas de la sociedad contemporánea, los medios de comunicación —y en particular, la televisión— constituyen un verdadero peligro para la vida política en general y para la democracia en particular. Popper (1994), hace algunos años, y Bourdieu (1996), más recientemente, se refirieron a la televisión como un peligro. Según Popper: "la televisión se ha transformado hoy en un poder colosal; se podría decir incluso que ella es, potencialmente, el más importante de todos, como si hubiera reemplazado la voz de Dios". Al decir de Popper, no puede haber democracia si la televisión no es sometida a un determinado control por parte de la sociedad.

No puede haber democracia si la televisión no es sometida a un determinado control por parte de la sociedad.

Bourdieu, desde una perspectiva cultural y no sólo política, también condena en forma muy clara la televisión: "Pienso, en efecto, que la televisión [...] hace correr un peligro muy grande a las diferentes esferas de la producción cultural, arte, literatura, ciencia, filosofía, derecho; creo incluso que [...] ella hace correr un peligro no menos grande a la vida política y a la democracia".

Las bases de estas críticas son de dos tipos diferentes. En primer lugar, se alude al mecanismo que la televisión utiliza para difundir sus mensajes. Este mecanismo, basado en la imagen y en la movilización de la dimensión afectiva de la persona, se contrapone con el que utiliza el texto escrito, basado en la lectura y en la comprensión y adhesión racional a los contenidos. En segundo lugar, se menciona la fuerte concentración de la capacidad de producir mensajes y la homogeneización de los contenidos que esta concentración está provocando.

La evolución de los últimos años, sin embargo, ha modificado este panorama. En primer lugar, la televisión está cediendo su lugar de privilegio a la computadora. Este cambio tecnológico implica una modificación importante en los procesos que se ponen en juego. Mientras el televisor somete al espectador a un rol pasivo, la computadora supone que el usuario tiene una fuerte capacidad de decisión sobre qué aparece en su pantalla. Además, la computadora vuelve a establecer el uso intensivo de la lectura y la escritura. Por último, si bien la propiedad de los medios está fuertemente concentrada, también es cierto que la diversificación de la oferta es cada vez mayor.

Los cambios económicos y políticos descritos en los puntos anteriores son concomitantes con cambios culturales de similar profundidad.

En síntesis, el panorama que se abre desde el punto de vista político plantea el desafío de evitar que tanto el *individualismo a-social* como la

cohesión grupal autoritaria supriman la política, es decir, la concertación social para la solución de los problemas comunes.

3. Las transformaciones culturales

Los cambios económicos y políticos descritos en los puntos anteriores son concomitantes con cambios culturales de similar profundidad.

Los *cambios culturales* se refieren tanto a los contenidos de los valores, de los hábitos y de las pautas de conducta que se ponen en práctica en una sociedad, como al proceso por el cual estos contenidos son elaborados.

La profundidad del cambio cultural es tan significativa que algunos autores, particularmente de orientación conservadora, tienden a calificar este período como una etapa de "gran ruptura" (Fukuyama, 1997). Esta ruptura está asociada fundamentalmente a los cambios en la familia y en la forma a través de la cual la familia cumple con su función socializadora.

3.1. Cambios en la familia

Como se sabe, la descripción clásica del proceso de socialización distingue la existencia de dos fases principales: la socialización primaria y la socialización secundaria (Berger et Luckman, 1987).

La *socialización primaria*, efectuada durante la niñez y habitualmente en el seno de la familia, es aquella por la que el individuo adquiere el lenguaje, los esquemas básicos de interpretación de la realidad y los rudimentos del aparato legitimador de la realidad. La *socialización secundaria*, en cambio, es todo proceso posterior que introduce al individuo ya socializado en nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad.

Los análisis del proceso de socialización permiten apreciar que las dos características más importantes de la *socialización primaria* son la *carga afectiva* con la cual se transmiten sus contenidos y la *identificación* absoluta con el mundo tal como lo presentan los adultos. La socialización primaria tiene lugar en un contexto de enorme carga emocional, que constituye una condición para que se produzca la identificación absoluta con la visión del mundo presentada por los adultos.

Como *sostienen* Berger y Luckman (1987: 170-171), "en la socialización primaria no existe ningún *problema* de identificación, ninguna

Los cambios que se aprecian en la estructura de la familia están afectando significativamente su función socializadora.

elección de otros significantes. La sociedad presenta al candidato a la socialización ante un grupo predefinido de otros significantes a los que debe aceptar en cuanto tales, sin posibilidad de optar por otro arreglo [...] El niño no internaliza el mundo de sus otros significantes como uno de los tantos mundos posibles: lo internaliza como el mundo, el único que existe y que se puede concebir, el mundo *tout court*. Por esta razón, el mundo internalizado en la socialización primaria se implanta en la conciencia con mucho más firmeza que los mundos internalizados en socializaciones secundarias".

Estas características de la socialización, sin embargo, no son universales ni permanecen estáticas. Los cambios que se aprecian en la estructura de la familia están afectando significativamente su función socializadora.

Al respecto, los datos disponibles para la mayoría de los países de cultura occidental indican una serie de fenómenos muy importantes: expansión de la familia nuclear, reducción del número de hijos, crecimiento de las uniones libres y del número de hijos que viven con uno de sus progenitores (mayoritariamente con la madre), ausencia de la figura paterna o cambio frecuente de esta figura, disociación entre padre biológico y padre psicológico.

Pero, además de estos cambios en la estructura, también se aprecian cambios importantes en los valores y en las formas como estos valores son transmitidos. Cada vez más los adultos consideran que no deben transmitir a sus hijos una determinada visión del mundo, sino la capacidad para elegir y formar autónomamente su propia concepción.

Por citar solamente el caso de España, un estudio sobre valores y pautas de crianza familiar, dirigido por Pérez Alonso-Geta, indicaba que la familia española muestra una clara tendencia a la nuclearización, y concede escasa importancia al papel de abuelos/as, tíos/as y otros parientes, en la educación de las nuevas generaciones. En términos de contenidos, los resultados de la encuesta muestran que la mayoría de los padres y madres sostienen que es necesario transmitir valores como la honradez, el rechazo a las discriminaciones y la eficacia del pensamiento autónomo. Los datos disponibles confirman que estas tendencias se verifican también en países de diferentes regiones del mundo e inclusive de diferentes niveles de desarrollo económico y social.

En síntesis, el cambio fundamental que se ha producido en la familia es la disociación entre conyugalidad (vínculo de pareja) y filiación (vínculos entre padres/madres e hijos/hijas).

En síntesis, el cambio fundamental que se ha producido en la familia es la disociación entre *conyugalidad* (vínculo de pareja) y *filiación* (vínculos entre padres/madres e hijos/hijas).

En la familia tradicional, estos dos vínculos eran indisolubles. En la actualidad, en cambio, mientras la conyugalidad ha perdido su carácter indisoluble porque es una relación social, la filiación mantiene este carácter porque es un vínculo natural. El proceso de secularización implicó, desde este punto de vista, un proceso de transformación de las relaciones de pareja en relaciones temporales y más igualitarias. Pero esta temporalización de las relaciones de pareja no afecta a las relaciones de filiación, creando así una nueva fuente de tensiones que se resumen en la pregunta acerca de *¿cómo articular conyugalidad con filiación?*

Estas constataciones han permitido sostener que la familia contemporánea ya no es una institución sino una "red de relaciones" que, en lugar de ser responsable de transmitir el patrimonio económico y moral de una generación a otra, tiende ahora a privilegiar la construcción de la identidad personal (Théry, 1996).

3.2. La evolución del individualismo

Los cambios en la familia están vinculados directamente con uno de los fenómenos culturales más importantes de la sociedad occidental: *el individualismo*. El reconocimiento de la identidad individual y su desarrollo tienen una historia muy larga (Dumont, 1983). Para referirnos fundamentalmente a las últimas etapas de este proceso, vale la pena hacer una comparación entre el individualismo de la sociedad actual y el individualismo del siglo XIX.

La diferencia fundamental entre ambos tipos de individualismo consiste en la ampliación de los ámbitos en los cuales cada uno tiene derecho a elegir sus opciones. Mientras en el siglo XIX, la libertad estaba restringida a las esferas política y económica, y las personas debían acompañar su desempeño público con códigos estrictos de conducta personal; el individualismo actual involucra esferas más amplias, referidas especialmente al "estilo de vida". La nueva forma de individualismo pone el acento en la autoexpresión, en el respeto a la libertad interna, en la expansión de la personalidad, de sus cualidades especiales y su excepcionalidad.

El credo de nuestra época propugna que cada persona es única, es o debería ser libre, cada uno de nosotros tiene o debería tener el derecho a crear o construir una forma de vida para sí y hacerlo a través de una elección libre, abierta y sin trabas.

El credo de nuestra época propugna que cada persona es única, cada persona es o debería ser libre, cada uno de nosotros tiene o debería tener el derecho a crear o construir una forma de vida para sí y hacerlo a través de una elección libre, abierta y sin trabas.

Pero esta mayor autonomía subjetiva está acompañada por una postergación cada vez mayor de la dependencia material. Numerosos análisis de este problema coinciden en señalar que estamos en presencia de dos tendencias contradictorias: mientras que la autonomía cultural, tanto en los modos de vida como en las maneras de pensar, se adquiere cada vez más temprano, la autonomía material se adquiere cada vez más tarde. Así, algunos estudios efectuados en países desarrollados han mostrado que a lo largo del siglo XX, la edad de la pubertad bajó una media de dos años, pasando de los 13 a los 11 años. Todo parece indicar que a partir de los once años, el proceso de ingreso al mundo adulto se acelera significativamente y los niños buscan por todos los medios afirmar su identidad. El deseo de autonomía se expresa en los hábitos de consumo, de vestido, de alimentación y de comunicación, así como en un ingreso cada vez más temprano en las relaciones sexuales.

Pero esta expansión de la autonomía cultural no está acompañada por la autonomía material. Los jóvenes viven cada vez más tiempo con sus padres. Este fenómeno no se explica solamente por el desempleo: 30% de los jóvenes que tienen empleo siguen viviendo con sus padres.

En términos culturales, en síntesis, vivimos un período complejo e interesante. Las tensiones entre libertad individual y compromiso social, entre respeto al patrimonio cultural heredado y derecho a definir un estilo de vida propio, entre dependencia material y autonomía espiritual son, entre otras, tensiones que indican que debemos aceptar que nuestra sociedad es cada vez más, una sociedad multicultural.

Desarrollar en cada persona sus capacidades para expresarse libremente, aprender a convivir con los diferentes y a aceptar la diversidad constituyen, en este sentido, los retos más importantes que se abren a las sociedades y a las personas en el nuevo milenio.

Desarrollar en cada persona sus capacidades para expresarse libremente, aprender a convivir con los diferentes y a aceptar la diversidad constituyen, en este sentido, los retos más importantes que se abren a las sociedades y a las personas en el nuevo milenio.

3.3. Las nuevas tecnologías

Los cambios culturales en la sociedad actual están íntimamente vinculados con las *nuevas tecnologías de la información*. Estas tecnologías tienen un impacto significativo no sólo en la producción de bienes y servicios sino en el conjunto de las relaciones sociales. La acumulación de información, la velocidad en la transmisión, la superación de las limitaciones espaciales, la utilización simultánea de múltiples medios (imagen, sonido, texto) son, entre otros, los elementos que explican la enorme fertilidad de cambio que presentan estas nuevas tecnologías.

Es la cultura de la celebridad y el espectáculo la que explica el surgimiento y la expansión de los medios masivos de comunicación.

La utilización obliga a *modificar conceptos básicos* como los de *tiempo* y *espacio*. La noción misma de *realidad* comienza a ser repensada, a partir de las posibilidades de construir realidades "virtuales" que plantean problemas inéditos e interrogantes de orden epistemológico cuyo análisis recién está comenzando.

Si bien sólo una concepción tecnocrática pondría la base de la nueva sociedad en las tecnologías de la comunicación en tanto tecnologías, es innegable que sus cambios tienen efectos poderosos en nuestros patrones de conducta.

Algunos análisis provenientes de sectores vinculados directamente a las nuevas tecnologías pregonan la masificación de su uso como la solución a los principales problemas de la humanidad. La cuestión es que estos enfoques tecnocráticos ignoran la complejidad de los procesos sociales. Si el conocimiento y la información son los factores más importantes de la nueva estructura social que se está conformando, no existe ninguna razón por la cual su distribución se democratice por el sólo efecto del desarrollo técnico. La pugna por concentrar su producción y apropiación será tan intensa como las pugnas que históricamente tuvieron lugar alrededor de la distribución de los recursos naturales, del dinero o de la fuerza.

En este sentido, parece importante sostener la hipótesis según la cual la evolución de las tecnologías responde a los requerimientos de las relaciones sociales. Esta hipótesis se contrapone a las versiones extremas de la tecnocracia informática, que sostienen —por el contrario— que son las tecnologías las que provocan los cambios en las relaciones sociales. Por supuesto que existe una relación dinámica entre ambos factores, pero el rol activo en estos procesos está en las relaciones sociales, en los seres humanos, y no en sus productos.

Así, para tomar un ejemplo histórico, no fue la imprenta la que determinó la democratización de la lectura, sino que es la necesidad social de democratizar la cultura lo que explica la invención de la imprenta. Lo mismo puede decirse con respecto a los medios de comunicación de masas, particularmente de la televisión. No son ellos los que han inventado la cultura de los ídolos y de las celebridades, que hoy predomina en nuestra sociedad sino, a la inversa, es la cultura de la celebridad y el espectáculo la que explica el surgimiento y la expansión de los medios masivos de comunicación.

Desde este punto de vista, es importante recordar la síntesis que Wolton (1997) efectúa sobre este problema: "¿Cuándo se reconocerá que cuánto más se disponga de teléfonos, computadoras, televisores, multimedia interactivos, redes, [...] más se plantea la pregunta de saber qué harán las sociedades con esas técnicas y no, como se escucha a menudo, de saber qué sociedad será creada por esas técnicas? En una palabra, ¿cuándo se reconocerá que el problema es socializar las técnicas y no tecnificar la sociedad?"

4. La educación y los desafíos del futuro

El análisis efectuado hasta aquí ha permitido apreciar la importancia de las transformaciones que se registran en la estructura social, económica, política y cultural. Estas transformaciones han provocado la crisis de las formas tradicionales de regulación social.

Ya no es posible pensar, como en el pasado, que las regulaciones vendrán exclusiva o fundamentalmente de instituciones como el Estado, la Iglesia o la familia, ni tampoco es posible pensar que habrá una regulación espontánea basada en los mecanismos del mercado, que asegure la cohesión y la equidad necesarias para el desarrollo social sustentable.

En este contexto, uno de los puntos centrales que deberá tener en cuenta cualquier estrategia para enfrentar los desafíos presentados a lo largo de este texto, consiste en la tendencia a *depositar mayor poder de decisión en los ciudadanos*. Esta tendencia se constituye en un componente fundamental del proceso de democratización de la sociedad. Sin embargo, debemos asumir que ese mayor poder de decisión implica, al mismo tiempo, la existencia de un alto nivel de responsabilidad individual.

El tema de la *responsabilidad* constituye, por esto, una cuestión central en las reflexiones sobre el futuro. En la medida que se debilitan las regulaciones externas, en la medida que las decisiones no son tomadas por

otros sino por nosotros mismos, aumenta el papel de la responsabilidad individual o grupal por las decisiones.

La formación ética se convierte, en consecuencia, en un requisito central de la formación ciudadana.

Al respecto, se registran numerosos testimonios que muestran la existencia de una conciencia general sobre la necesidad de reforzar la formación ética en las escuelas y en el resto de las instituciones sociales. La responsabilidad ciudadana de las empresas frente al problema del empleo y del medio ambiente, la responsabilidad de los medios de comunicación frente a la formación de las personas, la responsabilidad de los educadores frente al aprendizaje de los alumnos son, entre muchos otros, ejemplos de cómo será necesario reforzar el protagonismo de las personas y de las instituciones para evitar que la des-regulación se transforme en caos y en ruptura de la cohesión social mínima.

El desafío que enfrentan los procesos de construcción de una nueva cultura ciudadana consiste, en consecuencia, en ofrecer alternativas no-excluyentes, alternativas tolerantes y pacíficas a la demanda de formación ética.

En este contexto, la educación —entendida como el proceso mediante el cual un individuo se socializa y accede al desarrollo de las competencias que le permiten una participación social plena— se ha convertido en la variable clave de las estrategias para enfrentar los desafíos del futuro. El fundamento de este postulado se basa en el hecho de que la educación es una de las pocas variables de acción social que afectan *simultáneamente* la competitividad económica, la equidad social y el comportamiento ciudadano.

La formación del ciudadano moderno requiere el desarrollo de una serie de competencias, algunas de ellas distintas a las del pasado.

La formación del ciudadano moderno requiere el desarrollo de una serie de competencias, algunas de ellas distintas a las del pasado.

Existen distintas clasificaciones de las competencias o de las necesidades de aprendizaje que es preciso desarrollar y satisfacer. Para los propósitos del análisis de nuestro tema, puede ser útil retomar la clasificación que distingue *cinco ámbitos de competencias para el ciudadano moderno*.

El primero de ellos es el ámbito de las competencias *afectivas*. En este sentido, una de las competencias cruciales para la formación del ciudadano es la *capacidad de enfrentarse a la incertidumbre*. La incertidum-

bre, lo desconocido o lo mal conocido genera estereotipos, temores y prejuicios, que están en la base de la incompreensión y la intolerancia. Formar para el manejo de conceptos tales como “diferencias”, “semejanzas”, “conflicto”, “negociación”, se ha convertido en una necesidad básica en la formación del ciudadano. No se trata, en consecuencia, de suprimir el conflicto sino de enseñar a resolverlo por otras vías que por la violencia.

El segundo ámbito de competencias es el *ámbito socio-histórico*. Este ámbito comprende dos dimensiones: la temporalidad y la socialidad. Tener competencia temporal supone ser capaz de articular el pasado y el futuro, de distinguir lo estático, lo permanente y lo cambiante. La *socialidad*, por su parte, implica la capacidad de construir una identidad compleja, una identidad que contenga la pertenencia a múltiples ámbitos: local, nacional e internacional, político, religioso, artístico, económico, familiar, etcétera.

Lo propio de la ciudadanía moderna es, precisamente, la pluralidad de ámbitos de desempeño y la construcción de la identidad a partir de esta pluralidad y no de un sólo eje dominante y excluyente.

El tercer eje de competencias es el *comunicacional*, que comprende el manejo de los códigos en los cuales circula la información. Estos códigos van desde el dominio de la lectura y la escritura y el manejo de más de una lengua extranjera, hasta el manejo de códigos especiales de cada ámbito de desempeño. El manejo de la computación constituye un ejemplo muy claro de la importancia de estos códigos para el desempeño ciudadano. Su enseñanza debería estar orientada no sólo al desarrollo de la capacidad de recibir información, sino también de expresar las propias demandas.

El cuarto ámbito de competencias es el *ámbito tecnológico*, cuyo significado está directamente vinculado con el desempeño en el ámbito productivo. En este sentido, buena parte de las competencias para desempeñarse en el trabajo son las mismas que se requieren para el desempeño ciudadano. Sin embargo, esto no debe hacer perder de vista la necesidad de desarrollar las competencias específicas que requiere el desempeño en cada ámbito productivo.

Por último, el quinto ámbito de desempeño es el *ecológico* y está referido al desarrollo de la capacidad de vincularse con la naturaleza de una manera respetuosa. La importancia de este ámbito de competencias es crucial,

La socialidad, por su parte, implica la capacidad de construir una identidad compleja, una identidad que contenga la pertenencia a múltiples ámbitos: local, nacional e internacional, político, religioso, artístico, económico, familiar, etcétera.

particularmente si se piensa en los riesgos que está provocando un estilo de desarrollo basado en la explotación salvaje de los recursos naturales.

4.1. La transformación educativa

Postular la necesidad de desarrollar este conjunto de competencias y capacidades es necesario pero no suficiente. El desafío para los educadores consiste, precisamente, en definir los diseños institucionales más apropiados y elaborar las herramientas técnicas y metodológicas más eficaces para que estos objetivos superen la fase puramente retórica y se transformen en realidades concretas.

Desde el punto de vista institucional, es necesario discutir qué tipo de escuela y qué articulaciones entre ella y la sociedad son las más apropiadas para estos desafíos.

Desde el punto de vista metodológico, el debate y la experiencia del pasado nos confirma claramente que, si bien la transmisión de información y de conocimientos constituye un aspecto importante, no es de ninguna manera suficiente.

La *escuela tradicional* ha estado particularmente cerrada al contacto con otras instituciones y con otros actores sociales. Si bien este diseño pudo haber sido el más apropiado en el momento de construcción de los Estados nacionales, cuando la escuela aparecía como la institución encargada de superar los particularismos, actualmente ya no puede mantenerse aislada, ignorando las transformaciones que

se han producido en el ámbito de la familia, de la empresa y de los medios de comunicación.

Desde el punto de vista metodológico, el debate y la experiencia del pasado nos confirma claramente que, si bien la transmisión de información y de conocimientos constituye un aspecto importante, no es de ninguna manera suficiente.

La formación de competencias contiene un elemento actitudinal que no puede ser expresado solamente en resultados cognitivos. No se trata, en consecuencia, de agregar una materia más en el currículum. El conocimiento de la historia, de la cultura, de las lenguas, el manejo de los conceptos científicos, etcétera, son una condición necesaria. Pero el objetivo final es la formación y el desarrollo de las capacidades, las competencias y los valores que permitan una activa participación ciudadana, basada en el respeto al otro, en la solución de los conflictos por vías no violentas, en la solidaridad y el respeto al medio ambiente.

En síntesis, se podrían postular al menos tres líneas de acción generales desde el punto de vista educativo. En primer lugar, es preciso mencionar la necesidad de *romper el aislamiento institucional de la escuela*, abriéndola a los requerimientos de la sociedad y redefiniendo sus pactos con los otros agentes socializadores, particularmente la familia y los medios de comunicación.

La escuela ya no actúa en el mismo contexto institucional que en el pasado. Las otras agencias socializadoras se han modificado y esto obliga a cambiar no sólo sus modalidades de acción sino su papel en el conjunto del proceso socializador. Redefinir su articulación, especialmente con la familia, los medios de comunicación y las empresas resulta hoy imprescindible. Pero, ¿cuál debería ser el papel específico de la escuela? En el contexto del análisis que efectuamos hasta aquí, parece necesario enfatizar la idea de que la escuela debe asumir una parte significativa de la formación en los aspectos "duros" de la socialización. Esto no significa reivindicar la rigidez, la memoria, la autoridad, etcétera, sino aceptar que su tarea es llevar a cabo en forma consciente y sistemática, la construcción de las bases de la personalidad de las nuevas generaciones.

En segundo lugar, en un mundo donde la información y los conocimientos se acumulan y circulan a través de medios tecnológicos cada vez más sofisticados y poderosos, el papel de la escuela debe ser definido por su *capacidad para preparar para el uso consciente, crítico, activo, de los aparatos que acumulan la información y el conocimiento*. En este sentido, parecería que una de las pistas más prometedoras de trabajo para la escuela es la que tiene que ver justamente con su relación con la *convivialidad*, con las relaciones cara a cara, con la posibilidad de ofrecer un diálogo directo, un intercambio con personas reales donde los instrumentos técnicos sean lo que son, instrumentos y no fines en sí mismos.

El clima de las instituciones escolares, diferenciadas según proyectos pedagógicos y dotadas de significativos niveles de autonomía para poder conectarse con el medio, constituye una variable central para el desarrollo de un proceso de socialización eficaz.

En tercer lugar, es necesario enfatizar más que nunca el *alcance universal* de la educación. Si en el pasado el sistema podía organizarse en niveles crecientes de complejidad, donde cada nivel correspondía a una determinada categoría social, en el futuro la democratización del acceso a los niveles superiores de análisis de realidades y fenómenos complejos debe ser universal. Este acceso universal a la comprensión de fenómenos complejos constituye la condición necesaria para evitar la ruptura de la

cohesión social y los escenarios catastrofistas que potencialmente están presentes en las tendencias sociales actuales.

5. Actividades

1. Buscar en la prensa noticias relativas a la desigualdad social, analizando las causas de esas situaciones.
2. La educación popular está relacionada con la transformación educativa desarrollada en el capítulo. Razona su respuesta.
3. ¿Qué papel debe jugar la educación ante los continuos cambios que sufre la sociedad?

Resumen

Actualmente nos encontramos en una crisis de carácter estructural que sufren todos los ámbitos de la sociedad: economía, valores, política, etcétera. Estos cambios están provocando unas situaciones de evidente desigualdad social. Unas ya conocidas y otras completamente nuevas.

En este capítulo hemos estudiado las transformaciones naturales, la crisis de identidad nacional, los procesos de globalización económica, los cambios en el seno familiar y la influencia que, cada día más, ejercen sobre la sociedad las nuevas tecnologías de la información.

Ante estos cambios, la educación debe plantearse nuevas metas y formas de actuación. Una intervención de carácter eminentemente axiológica, cuyo fin se orienta a capacitar mejor a los ciudadanos para la toma de decisiones.

La educación no debe vivir de espaldas a la sociedad, así pues, ante los procesos de transformación social el desafío de los educadores se centra en la adaptación a estas nuevas situaciones. Es decir, a la transformación educativa.

El educador social debe buscar resortes, herramientas y metodologías que superen la educación que se ha llevado a cabo hasta nuestros días, rompiendo el aislamiento institucional de la escuela, buscando nuevos ámbitos de intervención y propiciando actitudes críticas.

Bibliografía

- Berger, P. y Luckman, Th. (1987) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1996) *Sur la télévision, suivi de L'emprise du journalisme*. París, Liber éditions.
- Castel, R. (1995) *Les métamorphoses de la question social. Une chronique du salariat*. París, Fayard.
- Castells, M. (1997) *La era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*. Vol. I. *La Sociedad Red*. Vol. II. *El Poder de la Identidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- Cohen, D. (1997) *Richesse du monde, pauvreté des nations*. París.

- Dumont, L. (1983) *Essai sur l'individualisme, une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*. París, Essais.
- De Foucauld, J. B. (1995) Foucauld et Denis Piveteau. *Une société en quête de sens*. París, Editions Odile Jacob.
- Drucker, P.F. (1993) *Post-Capitalist Society*. New York, Harper Business.
- Fitoussi, J.P. et Rosanvallon, P. (1996) *Le nouvel âge des inégalités*. París, Ed. du Seuil.
- Fukuyama, F. (1997) *The end of Order*. Londres.
- Gorz, A. (1988) *Métamorphoses du travail. Quale du sens*. París, Galilée.
- Gorz, A. (1997) *Misseres du présent, richesses du futur*. París, Galilée.
- Herrnstein, R.J. and Murray, Ch. (1994) *The Bell Curve; Intelligence and Class Structure in American Life*. New York, Free Press Paperbacks.
- Minc, A. (1994) *La nueva Edad Media*. Madrid, Temas de Hoy.
- Negroponte, N. (1996) *El mundo digital*. Barcelona, Ediciones B.
- Popper, K. y Condry, J. (1994) *La télévision: un danger pour la démocratie*. París, Anato-liz Edition.
- Schnapper, D. (1994) *La communauté des citoyens; Sur l'idée moderne de nation*. París, Gallimard.
- Tedesco, J.C. (1995) *El Nuevo Pacto Educativo*. Madrid, Anaya.
- Toffler, A. (1990) *El Cambio del Poder*. Barcelona, Plaza y Janés.
- Toureaine, A. (1993) *Crítica de la modernidad*. Madrid, Temas de Hoy.
- Wolton, D. (1993) *La dernière utopie. Naissance de l'Europe démocratique*. París, Flammarion.
- Wolton, D. (1997) *Penser la communication*. París, Flammarion.

Glosario

Cambio social. Una alteración significativa de las estructuras sociales, comprendidas las consecuencias y las manifestaciones de esas estructuras encarnadas en las normas, los valores y los productos culturales y simbólicos.

Civismo. Disposición o comportamiento de los individuos tendentes a llevar una vida comunitaria satisfactoria para todos, en sus diversos aspectos.

Ética. Ciencia de las costumbres o de los actos humanos. Su objeto es la moralidad, entendiendo por moralidad el carácter de bondad o malicia de los actos humanos.

Familia. Grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas bajo la autoridad de una de ellas. Actualmente una institución en crisis.

Organización social. Conjunto de relaciones, más o menos establecidas, que existen entre las partes componentes de una sociedad.

Socialización. Proceso por el cual el individuo es llevado a adaptarse al grupo social en el cual ha nacido y vive, aprendiendo todos los comportamientos que este grupo espera y exige de él en cuanto miembro aceptable para el grupo.

Valores. Desde el punto de vista sociológico, son aquellas características de lo relacionado con la vida humana que se estiman como deseables en ésta. Desde el punto de vista educacional, son los ideales de personalidad y de existencia humana que, viéndose como positivos y convenientes, se tienen por objetivos de la educación.